mexicanos. Grande y estraordinario debió ser, pues, el esfuerzo del partido liberal si queria ser consecuente con sus principios y mostrar á la nacion que merecia su confianza y que era capaz de salvarla.

La division de los ánimos y la contrariedad de las opiniones correspondian al desórden en que se hallaban los ramos de la administracion, á la influencia perniciosa de las lógias escocesas, á la ecsageracion de los principios liberales y á la poca firmeza y acierto con que procedia el gobierno. En el año anterior un solo pensamiento habia ocupado los espíritus, y un gefe digno y aclamado por todos representaba los intereses comunes, el honor de las armas mexicanas y la gloria y dignidad del Estado. Todo cambiaba, y nadie entendia cómo hombres tan distinguidos y con la capacidad necesaria para asegurar la felicidad pública, podian abrigar ideas funestas y hacer de la guerra civil un instrumento de amor propio que no podia satisfacer ninguna de las necesidades sociales. Entre los generales, Bravo, Morán, Victoria, Negrete, Guerrero, Barragan, Herrera, Parres y Orbegozo, tenian por contrarios á Bustamante, Filisola, Calderon. Rincon, Andrade, Cortazar, Sota Riva, Codallos y Fernandez, y la importancia de esos hombres y de otros que, como Echávarri y Santa-Anna, no daban á Iturbide sino falsas seguridades de adhesion y obediencia, anunciaban el carácter que tendrian los partidos, la fuerza con que lucharian, y la enemistad que quedaria encendida entre los mejores servidores de la patria.

La discordia en el congreso era igualmente lamentable, y por unida que estuviese la mayoría compuesta de liberales, ya se traslucia que el partido triunfante tendria que pelear contra obstáculos invencibles luego que sucumbiese el gobierno de Iturbide. Nunca se ha presentado con señales mas claras de disolucion un bando político, que como el liberal, no podia dar paso que no dejase establecido un cargo contra sus intenciones, y en el peor sentido que podia imaginarse; de enemigo de la independencia, y de enemigo implacable del que la habia consumado. La caida de Iturbide, en efecto, en cualesquiera circunstancias habria tenido una trascendencia inmensa; pero siendo obra de un partido unido con los españoles influentes, representaba todos los odios políticos, y una larga série de persecuciones. Así vemos con frecuencia en las guerras civiles que los partidos aspiran á aquello que mas los desacredita, y que cuando alucinados con el triunfo que consideran seguro, se entregan á los escesos del espíritu que los dirige, están muy distantes de pensar que el primer momento de su victoria es tambien el primero de su ruina.

Habiendo perdido Iturbide toda esperanza de atraerse á los liberales, enemigo tambien de los principios y doctrinas que profesaban, y queriendo salir prontamente de una situación que no le daba honor ninguno, que comprometia su gobierno, y que bajo todos aspectos era perjudicial al pais, se decidió á favorecer la opinion que habia porque rigiese el imperio, ya que no podia contarse con el congreso, ni con la posibilidad tampoco de que este cambio se realizase pacíficamente y con sujecion á las formas constitucionales. El congreso en efecto cada dia estendia mas su influencia, y como un número considerable de los gefes superiores y oficiales subalternos del ejército manifestaban ya sin embozo sus opiniones contrarias á Iturbide, temia éste, y con razon, que el contagio se estendiese por toda la clase militar, y le quitase el mas firme apoyo de su persona y de su gobierno.

Al fin la proclamacion de Iturbide se hizo en la noche del 18 de Mayo por un levantamiento militar, á que se adhirió con grande entusiasmo el pueblo, las autoridades, la fuerza armada y los generales adictos ó enemigos residentes en la capital. El congreso, aunque con toda la repugnancia del partido liberal, y sin que tomasen parte muchos de sus hombres notables, tuvo que reunirse el 19 y aceptar el hecho de la proclamacion y sancionarlo solemnemente. El pueblo, ni permitió la libertad necesaria para deliberar, ni dejó de manifestar que sus sentimientos eran sinceros, y que sostendria hasta lo último su resolucion.

El decreto que espidió el congreso se fundaba en la resistencia de la casa reinante de España, y en el voto nacional que aclamaba al presidente de la regencia bajo las mismas formas constitucionales del tratado de Córdoba. Aquel era el lance en que había mas embarazos para ahogar las pasiones de partido, y sin embargo no podia buscarse otro mas propicio para un integro representante. El liberal que hubiese creido que el imperio de Iturbide con todos sus inconvenientes era mas realizable que el gobierno republicano, no debió titubear un momento en defender el principio y prescindir de la persona, cooperando así á convertir una desgracia en un estado de cosas feliz para la nacion. Y si hemos de juzgar por los antecedentes de ese partido, por las doctrinas que proclamaba y por los intereses españoles que defendia, no será aventurado decir que al declararse contra el cambio que se habia efectuado, y al declinar al sistema republicano, ó hacia traicion á su conciencia, ó se cegaba de tal modo que no sabia elegir entre los estremos que se le presentaban el ménos contrario á su conveniencia y á su política. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que á pesar de haber sancionado el imperio, se preparó desde entonces á una guerra mucho mas empeñada, y que para salir airoso en ella, no se detenia en conjurar todas las pasiones contra el emperador. Este iba á hacer lo mismo, y á no contemporizar con el congreso sino el tiempo de que necesitaba para destruirlo, y presentar este golpe de estado como necesario para salvar la independencia, dar vigor á la administracion, y mantener la tranquilidad pública.

Se ha dicho que Iturbide cometió una grave falta dejando en frente de su imperio un congreso que no perdonaria esfuerzo alguno para quitarle todos los recursos, y dar al espíritu de reforma y progreso en el sentido mas hostil, la proteccion que puede dar una asamblea numerosa con la discusion, con la influencia personal y con la aversion misma á todo gobierno que representa fuerza, unidad y la superioridad de un hombre respecto de los demas. Si esta opinion y esta censura son fundadas, no cabe duda tampoco que la eleccion de una nueva asamblea habria sido desfavorable tambien al emperador, cualquiera que fuese su crédito entre las masas populares y las clases del Estado: el ascendiente de las doctrinas contrarias al poder público sobre la aspirante y que toma parte en las elecciones, era irresistible, y éstas tenian un carácter tan opuesto á la autoridad, que aun bajo los últimos vireyes que tomaron el mayor empeño en que las de diputados á Cortes recayesen en personas adictas al régimen colonial, apenas pudo lograrse que de veinte se eligieran dos que no estuviesen decididos por la independencia. Pensar en proteger el gobierno que acababa de establecerse con un sistema de discusion y de principios constitucionales, era un proyecto que no podia realizarse; y un régimen absoluto no era propio tampoco ni de la época, ni del aprecio general con que se recibian las doctrinas liberales, à lo menos en cuanto à la política y à la division de los poderes que constituyen el gobierno.

El orígen de la monarquía de Iturbide parecia vicioso, pero es necesario advertir que la nacion clamaba por ese cambio que él habia impedido, esperando quizá que las circunstancias se presentasen tan favorables que condujesen las cosas á ese término naturalmente. Al congreso ménos que á ningun otro le correspondia contrariar la opinion pública, ni hacer prevalecer como tal la de la fraccion de ciudadanos que por diversos motivos no querian aquella forma de gobierno: las masas y las clases todas deseaban el imperio de Iturbide, lo confirmaron con un voto unánime en todas las provincias, y por mucho que hubiese ganado la causa liberal en la tribuna y en la imprenta, no podia todavia oponerse á la del emperador que era amado de los pueblos. Los desaciertos mismos de su anterior gobierno, tan funestos á su buen nombre, se atribuian generalmente á que no se habia colocado en la altura en que el pais deseaba verle.

Iturbide, pues, en el trono, y rodeado de tales peligros, debió seguir un plan tan estraordinario y tan grandioso como el que necesitaba una monarquía nueva para figurar dignamente en el mundo; pero por desgracia se condujo con la misma debilidad y cometió las mismas faltas que en los meses que habian transcurrido. Aquel hombre que todo lo habia previsto en la campaña y que jamas dejó de obrar conforme á alguna combinacion feliz, nada habia pensado para gobernar, y ó por desconfianza de su capacidad, ó porque su alma no conservaba la entereza

que durante la revolucion, libró la suerte del imperio en multitud de consejeros adictos suyos, que no conocieron toda la importancia de esfuerzos estraordinarios y de inmensos servicios
al pais para fundar su poder en la justicia y en el amor de los
pueblos. Sin unidad en sus miras, sin intereses nobles que defender, vacilante en sus ideas y su política el hombre que gobernaba, el imperio no tuvo un solo dia de crédito, ni pudo corresponder al testimonio unánime de las provincias que lo habian aclamado con entusiasmo. El gobierno, sin hacer cambio
notable en la organizacion política, y creando sucesivamente todo
aquello que se establece para dar brillo á una monarquía, se ocupó de preferencia del nombramiento del consejo de Estado, del
tribunal supremo de justicia, de los empleados de la casa imperial, y del ceremonial correspondiente para que el emperador se
presentase con toda la magnificencia propia de su rango.

El partido liberal en el congreso solo resistia pasivamente á la política del gobierno, y se conformaba con manifestar un espíritu hostil en las discusiones y con privarle de los ausilios de todas clases. Pero en las logias trabajaba ardientemente para poner de su parte á los gefes de mayor representacion, y para rodear al gobierno de dificultades y de compromisos. El ministro de Colombia, Santa María, que recibió despues sus pasaportes para salir del pais, favorecia los planes de conspiracion, aconsejaba el giro que debia darse á la imprenta y á la oposicion al gobierno, y ejercia el predominio que le daban su fuerza, su carácter de mexicano, su inmunidad diplomática y su instruccion y talento.

Haciéndose una guerra en que no tenia ya parte ningun plan político sino las pasiones solas de los partidos, nada podia es-

perarse ni del congreso que aprovechaba todas las ocasiones que se presentaban para preparar la caida del gobierno, ni de éste que bajo un régimen que ni era constitucional ni absoluto, nada podia hacer dentro de la órbita de las facultades de que estaba investido. Así pasaban los dias desvaneciéndose todas las esperanzas de la nacion que no podia persuadirse del estado lamentable en que se hallaba todo y que era tan poco conforme con el órden, el concierto, y la fortuna que acompañaba durante la campaña al gefe de las Tres garantías. Este llegó à convencerse de que era preciso reprimir la influencia perniciosa de los hombres mas notables del partido liberal borbonista, y del republicano, y el 26 de Agosto se libraron las órdenes para reducirlos á prision y escarmentar de este modo á todos los enemigos del gobierno. Fagoaga D. José María, Tagle, Dr. Mier, Orbegozo, Bustamante D. Cárlos, Tarrazo, Valle, Herrera D. José Joaquin, y otros diputados de ambos partidos fueron el objeto de este golpe de Estado. Se procedió tambien al arresto de otros ciudadanos así militares como de la clase civil.

Desgraciadamente no podia apoyarse ni en datos oficiales, ni en actos públicos tampoco que fuesen suficientes para justificar ante el pais semejantes medidas. En la prision indefinida de los diputados, resistiéndose el gobierno á ponerlos á disposicion del congreso, se violaron todas las formas constitucionales, y no podia presentar el emperador, para semejante estension de poder, facultades que no fuesen sino las que de tarde en tarde conceden las circunstancias. Las contestaciones que con motivo de este suceso tuvieron el gobierno y el congreso, obligaron á aquel á proclamar principios vagos y doctrinas

inadmisibles bajo el régimen constitucional, cuando el congreso atacaba con evidente justicia el paso que acababa de darse. Los diputados, pues, fueron procesados militarmente y de la manera que pareció al gobierno mas espedita para descubrir su culpabilidad, que nunca pudo probarse; y la actitud que habia tomado va el emperador, no permitió ulteriores reclamaciones. El congreso calló, teniendo de su parte el fuero é inviolabilidad de los diputados. Sin embargo, si se pregunta si aquel cuerpo conspiraba contra el emperador, ó si sus ocultas maniobras y la resolucion en que se hallaba de derribarlo del trono, tenian por límite los principios legales ó el respeto á la opinion pública, es necesario dar una respuesta desfavorable al congreso. Conspiraba y muy violentamente, y apelaba á las lógias, á los generales descontentos y á la imprenta para desconcertar el gobierno y acelerar una reaccion tanto mas funesta, cuanto que por ella se iban á desconocer todos los principios de obediencia á la autoridad constituida. Iturbide habia dado el ejemplo; pero muy lejos de imitarle, debió haberle opuesto tanta circunspeccion, tanta legalidad y tanta buena fé, que ó hubiera podido salvarse aquel hombre con ventaja del sistema constitucional, ó caido sin que el congreso hubiese perdido nada de la estimacion y del crédito que debe conservar siempre el cuerpo legislativo.

El emperador quiso por un esfuerzo de su influencia personal, organizar el congreso bajo un nuevo plan que no le permitiese mantener la oposicion tenaz que hacia á su gobierno. Ya se ha dicho antes que la convocatoria de la junta provisional no habia tenido por base la poblacion de las provincias, y que por esta circunstancia los enemigos del congreso le disputaban aquella popularidad que guarda una justa proporcion con el número de los representados. El emperador creia conveniente que cesasen muchos diputados, principalmente los que se habian manifestado mas hostiles al órden ecsistente, y que se procediese sin demora á formar la constitucion, que dictada con un espíritu de templanza y como la ecsigian las necesidades peculiares del pais, era la única que podia poner término á las diferencias entre los dos poderes supremos. Las conferencias que tuvo con muchos diputados de diversas opiniones, y en las que tomaron parte consejeros, generales y otras personas notables, hablando en el sentido del emperador, fueron absolutamente infructuosas. Los diputados insistian en que cualquiera reforma que se acordase, debia ser obra del congreso y no del gobierno. En aquel se habia encendido mucho el espíritu de cuerpo, y la prision hecha en Agosto, habia privado al emperador de algunos de sus amigos. Otros le abandonaban, presumiendo que el desenlace de aquella crísis seria favorable al partido liberal, que escitaba tambien grande interes por la persecucion de que estaba amenazado constantemente. El proyecto, pues, que pasó el gobierno al congreso sobre reduccion del número de representantes, no tuvo ningun resultado.

El partido liberal nada podia emprender por las vias legales que estaban desconocidas, y los diputados sin plan ni principios que sostener en lo futuro, solo dirigian sus esfuerzos á la caida del gobierno imperial, que tenia contra sí todos los partidos políticos y la desconfianza y desaliento de sus amigos. El brigadier D. Felipe de la Garza habia proclamado en Septiembre, en Tamaulipas, el sistema republicano: personas de influencia, y muy particularmente D. Miguel Ramos Arizpe, le hicieron desistir de esta empresa y venir á la capital á satisfacer al empe-

rador, que le perdonó generosamente. Este veia con claridad que el congreso era un foco de oposicion y de descrédito del gobierno que no se podia conciliar con el buen estado de los negocios, ni con el amor y respeto al trono imperial. Instigado incesantemente por personages de alta representacion, por los generales mas caracterizados, y aun por algunos que habian sido sus enemigos, y convencido profundamente de que la oposicion del congreso era formidable y le ganaba diariamente á este cuerpo nuevos defensores, espidió la órden para su disolucion el 31 de Octubre, y fué encargado de ejecutarla el brigadier Don Luis Cortazar. Las circunstancias no permitian por entonces la defensa del congreso, que se consideraba con mas poder y recursos morales, luego que pudiese presentarse todo el cuerpo como objeto de la misma persecucion que habian sufrido y sufrian muchos de sus diputados.

Vanos fueron los esfuerzos del emperador para sustituir al órden que se hallaba vigente otro que pudiese dar seguridades de estabilidad. La junta que convocó, compuesta de los mismos individuos del congreso adictos suyos, y el giro que dió á la política y á los negocios, no solo descubrian que obraba sin plan y sin conocimiento de las circunstancias, sino que dejaron descontentos á todos los partidos porque se separaba de las reglas invariables á que debe sujetarse todo gobierno despues de un terrible golpe de Estado. Un simulacro de congreso, sin mision y sin influencia alguna, solo podia servirle para hacer mas perceptible la falta que habia cometido y para minar mas pronto los cimientos de su propia autoridad. Decir al pais que queria gobernar constitucionalmente y presentarle como prueba de sus sentimientos la reunion de algunos hombres que no tenian